

Luis Jochamowitz

Vladimiro

Vida y tiempo de un corruptor



El Comercio

MEMORIA PERÚ

 Planeta

Vladimiro

Vida y tiempo de un corruptor

Luis Jochamowitz

Vladimiro

Vida y tiempo de un corruptor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Vladimiro. Vida y obra de un corruptor
©2019, Luis Jochamowitz

Diseño de portada: Talento Creativo
Fotografía de portada: Archivo El Comercio
Diseño de interiores: B.MAD
Infografías: Carla Gonzales/ Archivo El Comercio

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.
Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú
www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: mayo 2019
Tiraje: 10 000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-441-3
Registro de Proyecto Editorial: 31501201900604
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2019-07125

Impreso en Quad/Graphics Perú S.A.
Av. Los Frutales 344, Ate.

Lima – Perú, julio 2019

Índice

Prólogo	7
Advertencia al lector	11
I. Tres semanas en velero	29
II. Tingo (1945-1960)	41
III. A primera vista	59
IV. Vivir en el SIN	67
V. Ateniense en Esparta (1961-1965)	83
VI. El mirón	93
VII. Limbo (1966-1973)	101
VII: Abimael y Vladimiro	111
IX. Un capitán en la revolución	127
X. Incendio y saqueo	145
XI. Espía	151
XII. El conde de Montesinos (1976-1977)	171
XIII. El segundo piso	185
XIV. El primer millón (1978-1980)	207
XV. La nieta de Gandhi	217
XVI. Alfajores explosivos y coronas fúnebres (1981-1989)	225
XVII. La casa de Vladimiro	249
XVIII. Morir en video	257
XIX. El corruptor	267

Prólogo

Una década política, que llegó exhausta a su fin condenada por los vicios de sus gobernantes y de quienes fueron atraídos por tentaciones protervas, ha dejado a nuestra sociedad en un desgarramiento que, antes que social o económico, es sobre todo moral. Por diez años, los peruanos hemos visto y padecido las miserias de un régimen autoritario que, guardando las formas de la democracia, dejó a esta en ruinas.

Hoy tratamos de apartar los escombros de una barbarie política rara vez vista en nuestra vida republicana. La historia los juzgará, es cierto, pero mientras tanto nos toca a todos hacer un examen de conciencia para descubrir las razones que hicieron del Perú un país corroído por la lacra de la corrupción. Solo encontrando las causas podremos hacer diagnósticos para llegar a las soluciones.

El nombre de Vladimiro Montesinos figura en el centro de una inmensa red corrupta y a la cabeza de una lista de oprobiosas historias. Siendo como fue la expresión más alta de una enfermedad social que se ha propagado como un tumor por los tejidos de la nación, su historia merece ser conocida. La exaltación de sus aberraciones, perpetradas desde la sombra impune, es la exaltación de lacras que, latentes o patentes, cunden por todas partes.

No es este un libro de primicias, sino una historia más o menos conocida que ha sido reconstruida por nuestro equipo de investigaciones durante nueve meses. Encabezándolo y llevando al papel los frutos del trabajo, estuvo Luis Jochamowitz, a cuya pluma precisa y

rigurosa fue confiada la redacción de esta obra, así como la compilación de los «vladivideos», editados en tomo aparte pero indesligable del presente.

Confía *El Comercio* en que esta contribución editorial enriquezca nuestras reflexiones sobre las asignaturas pendientes que nos esperan a los peruanos y a aquellos que, más allá de nuestras fronteras —que queremos traspasar—, quieran reclutarse en las luchas por la democracia.

Bernardo Roca Rey Miró Quesada
Director de Publicaciones y Multimedia
El Comercio

*Muchas veces basta reunir una
cantidad de hechos muy simples y muy
naturales, tomados por separado, para
obtener un conjunto monstruoso.*

André Gide

Advertencia al lector

Esta es una historia llena de mentiras. La naturaleza doble de los principales actores, la magnitud que alcanzaron sus actos, el súbito derrumbe y la revisión de todo lo ocurrido son demasiado embrollados para obtener algo más que una impresión instantánea y a cuenta. Es una historia turbia, particularmente por el protagonista principal, quien desde hace al menos treinta años se ha encargado de ocultar o adulterar todo cuanto tuviera que ver con él. Los papeles de su ficha personal en el Ejército, por ejemplo, son un modelo de escamoteo y simulación: las inevitables amonestaciones, las calificaciones adversas y los quince meses de cárcel han desaparecido por completo de la ficha número 0-610050744, y, en cambio, solo quedan las notas confirmatorias y los elogios, probablemente sinceros pero poco meditados, de sus superiores a lo largo de los años. Al revisar su trayectoria, no son pocos los momentos en que aparecen dos o tres posibilidades diferentes y contradictorias. Más tarde, uno comienza a sospechar que todas las alternativas son falsas, o parcialmente verdaderas, y que descubrirlo es como seguir el horario de un fantasma. Finalmente, el miedo a la cárcel, la necesidad de coartadas o el escaso tiempo transcurrido para hacer actos sinceros de contrición, refuerzan la sospecha de que es esta una historia esencialmente insincera.

Solo una vez tuve un encuentro con Vladimiro Montesinos. A pesar de que no cambiamos palabra, puede decirse que fue un encuentro personal que me aceleró el corazón. Debí de ser una tarde de 1992. Quizá un domingo, pero podría haber sido cualquier

día de la semana. Fue, sí, en uno de esos magníficos y largos almuerzos que Doris Gibson organizaba para sus amigos en los mejores restaurantes de Lima. Esa vez estábamos frente al mar. El almuerzo había sido excelente y probablemente excesivo. Ante la mesa seguíamos un pequeño grupo que no se animaba a pararse e irse, mientras la tarde se alargaba con los últimos cafés y licores. De pronto, precedido de tres o cuatro guardaespaldas, Vladimiro Montesinos ingresó en el restaurante, ya casi vacío a esa hora, y se sentó en una mesa lejana y discreta. Lo acompañaban dos mujeres de mediana edad que parecían de la familia.

Se trataba de un golpe de suerte increíble. En esa época ni siquiera existían fotografías recientes de él. Las últimas imágenes conocidas eran de casi diez años atrás, 1983, cuando Carlos Saavedra, de la revista *Caretas*, le tendió una emboscada fotográfica que terminó en una persecución cinematográfica de autos por las calles de Lima. Calculé que debía de esperar unos minutos para no llamar la atención antes de buscar un teléfono público —en ese tiempo nadie usaba celulares— y avisar a la revista del casual hallazgo.

Creí que nadie me había visto. De regreso a la mesa, el rito se reanudó como si nada hubiera pasado. No se habían cumplido cinco minutos desde mi llamada cuando, de pronto, el restaurante comenzó a llenarse de actividad: Montesinos se retiraba. Solo entonces descubrí que no había llegado con tres o cuatro guardaespaldas, sino con más de una veintena de hombres que se escondían en las esquinas, tras las columnas, hasta en el baño donde estaba el teléfono público. Ni siquiera habrían necesitado interceptar la línea para enterarse de la llamada. La fotografía se había arruinado, pero también su almuerzo. Al salir tenía que pasar cerca de nuestra mesa. Nos miramos a los ojos por uno o dos segundos. Su mirada comunicaba furia contenida y algo así como un «ya te vi...». Luego desapareció.

En realidad, Montesinos vivía en permanente estado de desaparición, estrictamente oculto del ojo público. Se sabía que existía, pero nadie lo había visto en mucho tiempo. También en eso era semejante al otro ser invisible de esos años atroces, su «amigo» Abimael Guzmán.

Rompió una vez la regla para aparecer fugazmente caminando por el jardín muerto por falta de riego de la casa del embajador japonés Morihisa Aoki, rodeado por militares con uniformes de combate, vestido con un polo granate —su color favorito—, como si no pudiera evitar exhibirse en esa hora de triunfo total.

Fue una excepción. De inmediato volvió a sumergirse en la penumbra que para él eran las silenciosas y alfombradas oficinas del segundo piso del Servicio de Inteligencia Nacional, el SIN, donde pasaba casi la totalidad de sus días. En los últimos años había comenzado a salir tarde por las noches para regresar temprano en las mañanas. Tenía una guarida frente al mar con apariencia de taller de mecánica o fábrica clandestina, una casa-fortín que se había construido para vivir con su amante Jacqueline Beltrán. Hablaba de sí como «un monje» apartado voluntariamente del trato social y el reconocimiento. Decía que era el precio que debía pagar por ser «un hombre de Inteligencia».

Algo, sin embargo, se contradecía en el sistema. Buena parte de su influjo se nutría de esa clandestinidad que había sido norma en su vida, mientras que el efecto del secreto se acrecentaba en la medida en que era, paradójicamente, cada vez más conocido. Nadie lo veía, pero todos hablaban de él. Cuanto más influencia alcanzaba, más vacío se formaba en torno de su imagen pública. Sus asesores y publicistas sonreían con el poder multiplicador de la imaginación que el público tenía de sus fechorías. Todo, hasta los golpes de suerte o los méritos de otros, le era atribuido a él, quien ocupaba vorazmente cada palmo de poder que se le presentaba, hasta llegar a parecerse cada vez más a un archicriminal de una historieta fantástica, una especie de científico loco, dueño de una malignidad omnisciente que pretendía controlar las vidas de todo un país.

Vladimiro, sin embargo, quería las dos cosas: ser secreto e ilegal, y a la vez tener reconocimiento público. El deseo se volvía particularmente irresistible considerando la naturaleza videocrática del régimen, asunto que él dirigía en persona y en el que solo lo que salía en la televisión era verdaderamente real o importante. En los últimos

años comenzó a asistir a ceremonias militares en ventosos patios de cemento que se repetían a lo largo de su vida desde que cursó parte de la secundaria en un internado. Simulaba que esas ceremonias eran muy importantes para él y les prestaba gran atención; sin embargo, sus amigos uniformados lo tomaban como otro de sus síndromes de exmilitar. Asistía y se aburría como todos, pero los fotógrafos lo tenían entonces a cincuenta pasos de distancia, listos para registrar la evolución de una imagen que en cada ocasión solo parecía cambiar de terno.

La siguiente aparición fue un error que provocó un incidente con el llamado zar antidrogas Barry McCaffrey. El norteamericano se había reunido con Vladimiro para discutir diversos asuntos, algo aparentemente de rutina en una gira sudamericana, pero un domingo en la noche, a la hora estelar de las operaciones psicosociales, la televisión propagó un video de los dos zares reunidos ante una mesa cubierta con un tapete verde. Los norteamericanos, que habían hecho en privado mil acuerdos con Montesinos, se sintieron sorprendidos e incómodos de verse en público con él. La exhibición alcanzó el tamaño de un pequeño incidente diplomático, nada que no pudieran arreglar amigablemente los encargados de ambas partes.

Había algo patético en su condición de impresentable: Vladimiro quería ser reconocido y apreciado por los demás. Parecía haberse saciado ya de esa vida de clandestinidad y comenzaba a sentir nuevas ansias de respetabilidad. Se describía como «un viejo hombre de Inteligencia», sabía que debía desaparecer de la escena si quería ser eficaz; pero con los años su nombre y su elusiva imagen habían cobrado una fama tal que el silencio solo la acrecentaba estruendosamente. En los últimos tiempos comenzó a sugerir que pensaba retirarse. Aunque seguramente nadie lo creía sincero, aseguraba que estaba agotado —lo cual era cierto— y que su tarea casi se había completado. A su amante Jacqueline le había jurado y hasta adelantado fecha para ese retiro, y a su amiga y confidente Matilde Pinchi Pinchi le mostró al menos una parte de sus verdaderos sentimientos cuando le comentó que quería llevar una vida diferente, presentarse